

Todos los días, hasta fin del mundo

(1 de 2)



Dr. Justo L. González

Azusa Pacific University
Azusa, California
9 de abril 2011

Todos los días, hasta el fin del mundo (1 de 2)

Dos son los principales textos bíblicos que a través de los siglos la iglesia cristiana ha empleado como fundamento de su misión: la “gran comisión” en Mateo 28, y la promesa del Espíritu en Hechos 1. Son pasajes tan frecuentemente empleados, tan estudiados, tan comentados, que difícilmente podríamos encontrar algo nuevo en ellos. Los leemos, y ya antes de leerlos sabemos lo que dicen. Basta con recordarlos una vez más, o con emplearlos como lemas para nuestras empresas misioneras, o como medio de despertar el celo misionero entre nuestras feligresías.

Lo que debemos recordar y señalar es que, si nos quedamos en eso, si nos hacemos la idea de que ya sabemos todo lo que el texto bíblico puede decirnos, es como si dijéramos que ese texto sale sobrando. Ya sabemos lo que dice; vayamos pues a otras cosas.

Pero no. Si es verdad que el texto de la Biblia es Palabra de Dios, entonces hay siempre mucho más que decir sobre él, mucho más que descubrir en él. O, mejor dicho, siempre hay más que el texto bíblico puede decirnos.

Porque la Palabra de Dios es soberana. Porque Dios no solamente habló en tiempos antiguos, como dice Hebreos, “a los padres por los profetas”, sino que sigue hablándonos a nosotros hoy por los mismos profetas y en todo el resto de las Escrituras. De igual manera que es imposible tener a Dios en el bolsillo, es imposible tener sabida la Escritura. Por muy fiel que seamos, por mucha teología que

sepamos, Dios nos sigue sorprendiendo. Y, aunque nos aprendamos la Biblia de memoria, con todo y eso esa misma Biblia nos seguirá sorprendiendo.

Esto nos lleva a recordar algo que frecuentemente olvidamos. Hay muchísimos libros —y a través de la historia se ha discutido mucho— sobre cómo y en qué medida fue que el Espíritu Santo inspiró a los autores escriturarios. Pero lo que muchas veces olvidamos es que hay otra dimensión de la inspiración; que lo que hace que la Biblia sea Palabra de Dios no es solamente que el Espíritu inspiró a sus autores, sino también que el mismo Espíritu inspira a sus lectores. Quien lleva una Biblia cerrada bajo el brazo llevará el texto de la Palabra de Dios; pero ese texto no será palabra para él o para ella sino hasta que la lea, y esa lectura sea inspirada por el Espíritu Santo. Hay quien usa de la Biblia para explotar a los demás, y hasta para justificar sus maldades y tropelías. Quien así la lee no lee Palabra de Dios lee, sí, palabras que fueron inspiradas por el Espíritu Santo; pero esas palabras no son Palabra de Dios para él, por cuanto la lectura misma no se hace bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Pero sin ir tan lejos, el hecho de que la Palabra de Dios siempre es libre y soberana, y que la acción del Espíritu se manifiesta no solamente en el proceso de escribir la Biblia, sino también en el proceso de leerla, significa que aun quien se sabe la Biblia de memoria jamás logrará saber todo lo que el Espíritu le quiere decir, a él o ella, y sobre todo a su comunidad de fe.

Luego, el volver sobre pasajes bíblicos conocidísimos no es tarea inútil ni repetitiva, sino que es parte de nuestra constante tarea como lectores e intérpretes de esos pasajes.

Y es por eso que esta mañana les invito a que visitemos una vez más esos tan conocidos pasajes que a través de los siglos han inspirado a la iglesia en el cumplimiento de su misión.

Vayamos primero a la Gran Comisión. Si en cualquiera de nuestras iglesias le preguntamos a un grupo de creyentes qué dice la Gran Comisión, muchos habrá que podrán citar de memoria Mateo 28.19 y 20, diciéndonos: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles todas las cosas que os he mandado.”

Pero lo notable no es que tantas personas sepan estas palabras de memoria. Lo notable es con tanta facilidad nos olvidamos de que ese versículo 19 empieza con las palabras “Por tanto”: “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones”, etc.

Nadie empieza una afirmación con las palabras “por tanto”. Nadie empieza una conversación diciendo: “por tanto, pienso que debo tomar medidas drásticas.” Ni tampoco: “por tanto, estás equivocado”. No. El “por tanto” requiere una afirmación previa, una condición o realidad sobre la cual se basa lo que sigue. Y lo que sigue no tiene sentido sino sobre la base de lo que antecede. En los casos que acabo de citar, la primera persona bien podría decir: “la situación ha llegado a un extremo; por tanto, pienso que debo tomar medidas drásticas”. Y la segunda podría decir: “las cosas no son como piensas, por tanto, estás equivocado”. El “por tanto” sirve de conexión entre la causa y el resultado, entre la acción y su justificación.

Luego, para entender la Gran Comisión, tenemos que tener en cuenta lo que le antecede, el hecho sobre el cual se basa el “por tanto”. Y eso está claro. Jesús dice: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos...” La Gran Comisión tiene su razón de ser. Y esa razón de ser es el hecho de que toda potestad le ha sido dada a Jesús en el cielo y en la tierra.

La Gran Comisión no se basa en que las gentes necesitan del mensaje de Cristo. Eso es cierto, pero no es el fundamento de la Gran Comisión. La Gran Comisión no se basa en nuestro propio impulso de testificar de lo que es tan importante para nosotros. Ese impulso es bueno; pero no es la base de la Gran Comisión. La Gran Comisión se basa en la declaración abarcadora de Jesús: “Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra.”

De paso, aclaremos que la frase “cielo y tierra” se utiliza frecuentemente en la Biblia—y se usaba en la antigüedad—como un modo de asegurarse de que nada quedaba excluido. Por eso uno de los más antiguos credos de la iglesia (el llamado “Apostólico”) dice: “Creador del cielo y de la tierra”, mientras otro (el Niceno) dice “Creador de todas las cosas visibles e invisibles”. Lo que ambos credos están diciendo es que todo es parte de la creación de Dios, que nada queda excluido de ella, que “el cielo y la tierra” son lo mismo que “todas las cosas visibles e invisibles”.

Luego, la frase misma “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” resulta casi redundante, pues comienza con una afirmación globalizante, “toda”, y termina con otra afirmación igualmente globalizante: “en el cielo y en la tierra”. En ello nos recuerda la afirmación de Colosenses 3.11, que “Cristo es el todo en todos”.

Esa afirmación, “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”, es entonces el fundamento, la razón, de la Gran Comisión.

Pero, tristemente, es una afirmación que frecuentemente olvidamos. Olvidamos que Jesús es ya Señor del cielo y de la tierra, y nos imaginamos que su señorío depende de nosotros, que somos nosotros quienes vamos llevándole a nuevos lugares, para que allí también sea Señor. Pero eso no es lo que la Gran Comisión dice. Literalmente, toda potestad en todos los lugares, en el cielo y en la tierra, en la iglesia y fuera de ella, en Washington y en Moscú, en Libia y en Argentina, en la Tierra y en Júpiter; toda potestad le ha sido dada al Señor resucitado que nos envía en su Gran Comisión.

Luego, el propósito de la Gran Comisión no es, como frecuentemente decimos, extender el señorío de Jesucristo, ni es tampoco llevar a Jesucristo a lugares donde antes no estaba. Parafraseando las palabras del salmista, bien podemos decir: “Si subiera a los cielos, allí Jesucristo es el Señor; y si en el seol hiciera mi estrado, allí está él. Si tomara las alas del alba y habitará en el extremo del mar, aun allí me guiará su mano y me asirá su diestra.”

Pero esto es mucho más que una afirmación bella e inspiradora. Es también una advertencia contra un entendimiento demasiado estrecho de nuestra misión —y un entendimiento que frecuentemente tuerce el sentido de esa misión.

Si toda potestad le ha sido dada a Jesucristo en el cielo y en la tierra, tenemos que deshacernos de la idea que esa potestad depende de nosotros, de nuestra misión y de su éxito. No. Dondequiera que

vayamos, ya Jesús es el Señor. Lo más que nosotros podemos hacer es dar a conocer ese señorío, e invitar a las gentes a reconocerlo y obedecerlo. Pero el señorío está allí, se le reconozca o no se le reconozca, se le obedezca o no se le obedezca.

Y esto tiene consecuencias prácticas. Si cuando llegamos a un lugar o a una persona donde el nombre y la potestad de Jesucristo son desconocidos lo hacemos sabiendo que toda potestad le ha sido dada, esto quiere decir que la misión tiene dos dimensiones paralelas e igualmente importantes. Por un lado, la misión tiene la dimensión más obvia, de hacer discípulos, de dar a conocer el nombre y el señorío de Jesucristo. Pero por otro lado tiene otra dimensión que frecuentemente olvidamos, y que determina el modo en que entendemos la primera dimensión. Esa segunda dimensión es que en la misión nosotros mismos, los agentes de la misión, encontramos a Jesucristo en todo lugar para nosotros nuevo, y aprendemos algo nuevo acerca de él y de su señorío.

Hay un pasaje en Hechos que ilustra esto claramente. Se trata de la conversión de Cornelio, en Hechos 10. Ese pasaje trata acerca de dos visiones—la de Cornelio y la de Pedro—y del encuentro entre Pedro y Cornelio. Cornelio es un centurión romano, Pedro es un apóstol. Aunque Cornelio es un hombre piadoso y temeroso de Dios, se ha criado entre paganos y sigue siendo gentil. Lo que es más, Cornelio vive en Cesarea, ciudad fundada por los romanos en la costa misma de Judea; ciudad llena de gentiles y de costumbres y templos paganos; y por tanto ciudad que los buenos judíos evitan visitar en la medida de lo posible.

En cuanto a Pedro, no necesitamos que se nos diga quién es. Es uno de los apóstoles, quizá el más respetado entre ellos, y ciertamente el que, camino a Cesarea de Filipos, primero declaró, “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.”

Pedro es el evangelista, el misionero, el que tiene el mensaje del evangelio. Cornelio es el gentil, el pagano, el que está necesitado de ese mensaje.

Cuando de visiones se trata, cabría esperar que fuera Pedro quien llevara la delantera. Pero no es eso lo que sucede. Al contrario, en el orden del tiempo, la visión de Cornelio se adelanta a la de Pedro en un día. Y también en el orden de la claridad, la visión de Cornelio aventaja en mucho a la de Pedro.

El texto lo dice sin ambigüedades: Cornelio, dice el texto, “vio claramente”. Y lo que se le dice también está claro: “envía, pues, ahora hombres a Jope y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro. Este se hospeda en casa de cierto Simón, un curtidor que tiene su casa junto al mar.” ¡Las instrucciones están tan claras, que lo único que falta es el código postal!

En contraste, al día siguiente Pedro recibe su visión. Lo que Pedro ve es “algo semejante a un lienzo”. El texto griego lo llama “una cosa”. En esa cosa hay animales inmundos, y sin embargo la voz que Pedro escucha le dice: “mata y come”. “Señor, no”, responde Pedro, “porque ninguna cosa común o impura he comido jamás”. Y la voz le responde: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú impuro”. Tres veces se repite el diálogo, y a la postre la “cosa” vuelve al cielo, y Pedro queda “perplejo dentro de sí sobre lo que significaría la visión”.

En medio de esa confusión, llegan los enviados de Cornelio y, guiado por el Espíritu, Pedro accede al llamado de Cornelio. De paso, resulta interesante notar que otro episodio en la Biblia que tiene lugar en Jope es el llamado a Jonás, a quien también Dios llama a ir a un pueblo gentil e inmundo, y Jonás se niega. Ahora este Pedro, cuyo verdadero nombre es Simón, hijo de Jonás, recibe un llamado, y al menos obedece la voz del Espíritu. Pero lo hace de mala gana. Jonás fue a Nínive a regañadientes. Y cuando Simón, hijo de Jonás llega a casa de Cornelio, tampoco va de muy buena gana. Sus primeras palabras son: “Vosotros sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjero, pero a mí me ha mostrado Dios que a nadie llame común o impuro.” Casi podemos leer entre líneas, “si de por mí fuera, sería eso mismo lo que os llamaría”.

Sigue entonces el episodio de la conversión de Cornelio y su casa. Pedro está predicando su sermón acostumbrado, contando acerca de la resurrección de Jesús, cuando inesperadamente el Espíritu Santo interviene, y la consecuencia inmediata es que Pedro decide bautizar a Cornelio y los suyos. Es por eso que frecuentemente llamamos a toda esta historia “la conversión de Cornelio”.

Pero lo cierto es que en este pasaje quienes se convierten no son solo Cornelio y los suyos, sino también Pedro. El mismo Pedro que al llegar les dijo que juntarse o acercarse a ellos era cosa abominable para un judío, ahora se queda en casa de Cornelio por varios días. Aquel Pedro quien hasta entonces había pensado que el evangelio era únicamente para los judíos empieza a descubrir nuevas dimensiones en ese evangelio.

Y lo notable es que, como resultado de aquel encuentro con el gentil Cornelio, quien se convierte no es sólo Pedro, sino también toda la iglesia en Jerusalén. Si seguimos leyendo en el capítulo once, vemos que la iglesia de Jerusalén no parecía estar muy contenta con lo que Pedro había hecho en Cesarea, y le pide cuentas. Pero cuando Pedro cuenta lo sucedido, toda la iglesia descubre las nuevas dimensiones del evangelio que Pedro había descubierto en Cesarea, y el texto nos dice que glorificaron a Dios diciendo “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”

Cuando Pedro va a Cornelio no va solamente a llevarle el nombre de Jesucristo y la invitación a seguirle, sino que, sin siquiera sospecharlo, va también a descubrir algo que antes no sabía del alcance del evangelio y del señorío de Jesucristo. Y gracias a su descubrimiento, en lo que bien podría parecer una misión a la inversa, Pedro convierte a toda la iglesia a una comprensión más profunda del alcance del evangelio.

Esto es lo que sucede repetidamente en la historia de la iglesia. En sus mejores tiempos la historia de la expansión del cristianismo es también la historia de sus múltiples conversiones, pues al cruzar fronteras entre la fe y la incredulidad, entre la iglesia y la sociedad, la iglesia va descubriendo las riquezas inagotables del señorío de Jesucristo, no solo sobre la iglesia, sino también sobre todo cuanto hay en el cielo y en la tierra.

Pero lo contrario también es verdad. En sus peores tiempos, cuando la iglesia se ha olvidado del señorío universal de Jesucristo, las consecuencias han sido nefastas.

En resumen, hay dos maneras de ver la misión. Una de ellas—tristemente la más frecuente—se olvida del señorío universal de Jesucristo, y se imagina que son la iglesia y sus representantes quienes han de ir por el mundo expandiendo ese señorío. La otra reconoce que la misión misma se fundamenta en el señorío universal de Jesucristo, y por tanto no tiene pretensiones de ampliar ese señorío, sino de darlo a conocer a quienes no lo conocen y al mismo tiempo ver y reconocer cómo ese señorío se manifiesta aun en los lugares donde no se le reconoce.

Estas dos visiones de la misión tienen consecuencias importantes. Esto puede verse, entre otros muchos ejemplos, en el caso de nuestra América Latina. La inmensa mayoría de los convertidores que llegaron a ella en tiempos de la conquista y colonización venían imbuidos de espíritu misionero. Venían con el propósito sincero de traer la fe cristiana a estas tierras. Pero venían convencidos de que Jesucristo venía a estas tierras con ellos, y que por tanto cuanto antes había existido en ellas no podía sino provenir de los demonios. Por eso no les preocupó destruir ciudades y civilizaciones, familias y tradiciones, arte y conocimientos. Todo ello era del demonio, y ahora que Jesucristo había llegado con los españoles era necesario destruirlo, borrarlo de la faz de la tierra, y crear acá una imagen de lo que existía en las tierras cristianas de Europa.

Pero imaginemos lo que pudo haber sido si aquellos primeros cristianos que llegaron a estas tierras hubieran venido, no pensando que venían a implantar el señorío de Jesucristo, sino pensando que venían a descubrir cómo ese señorío se había ido manifestando aun en ausencia de los cristianos. ¿Qué habrían visto? Ciertamente, al llegar a Tenochtitlán verían la tragedia y el crimen que eran los sacrificios humanos, y que era necesario detener. Pero verían también la ciencia de quienes construyeron aquellas

pirámides, aquellas calzadas, aquellos palacios. Verían y se maravillarían del modo en que el Señor de todo cuanto existe había dotado a aquella población de habilidades artísticas. Verían la belleza de sus tradiciones, de sus costumbres, de su organización familiar. Verían que, al igual que en el caso de Pedro y Cornelio, desde mucho antes que Colón se asomara por estas playas ya el Espíritu que desde el principio se movía sobre la faz de las aguas se había estado moviendo en estas tierras hasta entonces desconocidas por los europeos y por la iglesia.

Tomemos otro ejemplo que marchó en dirección contraria. Cuando los primeros cristianos se lanzaron a proclamar el evangelio en el mundo antiguo, encontraron en ese mundo, y en las culturas y civilizaciones que lo componían, notables señales de sabiduría. Ciertamente, había mucho en esa sabiduría que contradecía lo que los cristianos sabían gracias a las Escrituras y a la revelación de Jesucristo. Lo que es más, muchos de los mejores exponentes de esa cultura se burlaban de los cristianos y hasta los perseguían. Por ello, como era de esperarse, hubo cristianos que condenaban cuando procedía de esa cultura, en la que veían el origen de todas las maldades y todos los errores.

Pero hubo otros que tomaron en serio lo de “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. Y tomaron también otro pasaje en el que también abundan las palabras absolutas tales como “todo” y “nada”. Se trata del Prólogo al Cuarto Evangelio, donde el señorío absoluto de Jesucristo se fundamenta en la naturaleza misma de Dios: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios. Por él *todas las cosas* fueron hechas; y sin él *nada* de lo que ha sido hecho fue hecho.”

Y luego se nos dicen dos cosas fundamentales: Primero que este Verbo por quien fueron hechas todas las cosas es también “la luz que alumbra a *todo* ser humano que viene a este mundo”. Y, segundo, que “aquel Verbo fue hecho carne, y vimos su gloria, gloria como del unigénito Hijo de Dios.”

Aquellos cristianos de los primeros siglos, abocados a la tarea de proclamar el evangelio en medio de una cultura que en muchas cosas era evidentemente superior a la cultura hebrea donde el mensaje cristiano había nacido, tomaron esas palabras como punto de partida para reclamar como parte del señorío de Jesucristo, no sólo la tradición bíblica, sino también cuanto de bueno pudo haber en la cultura circundante.

Si es verdad, como dice Juan, que el Verbo que se encarnó en Jesucristo es la luz que alumbra a todo ser humano que viene a este mundo, cabe pensar que dondequiera veamos luz en este mundo ello se debe al mismo Verbo que hizo todas las cosas, que ilumina a los humanos, y que se hizo carne en Jesucristo.

Por fortuna para aquellos cristianos, había otro argumento que podían aducir para reclamar para sí cuanto de bueno pudiera existir en la cultura grecorromana. Entre los filósofos y pensadores de esa otra cultura se había dicho y discutido mucho acerca del *logos*—exactamente la misma palabra que aparece en Juan y que nuestras Biblias traducen como Verbo.

La pregunta que aquellos filósofos de antaño se habían hecho era cómo explicar, primero, eso que llamamos razón humana; y luego, la coincidencia entre lo que la mente piensa y lo que los sentidos

descubren. Respecto a la primera pregunta, ¿Cómo es que cuando yo pienso que dos y dos son cuatro resulta que todo el resto de la humanidad piensa lo mismo? O tomemos algo aparentemente menos común: ¿Cómo explicar el que, si yo multiplico 15,358 por 17,240 llego a la conclusión de que son 264,771,920, y si cualquier otra persona multiplica las mismas cantidades llegará sin falta a la misma conclusión? Indudablemente, debe haber algo que es lo mismo en todas las mentes humanas, una razón fundamental que nos hace llegar a las mismas conclusiones. Esto era parte de lo que los antiguos querían decir al hablar del *logos*: esa razón que une e ilumina todas las mentes humanas, y de donde hasta el día de hoy derivamos la palabra “lógica”.

Lo mismo puede servir de respuesta a la segunda pregunta: ¿Cómo explicar la coincidencia entre lo que la mente nos dice y lo que la realidad comprueba? ¿Cómo explicar el hecho de que, si la mente me dice que tres y tres son seis, cuando salgo al mundo compruebo que tres manzanas y tres manzanas son seis manzanas, y que tres piedras y tres piedras son seis piedras? Indudablemente, no es solo la mente humana la que es lógica, la que tiene *logos*, sino toda la realidad. Ese *logos* que es el principio de nuestra racionalidad sobrepasa los límites de nuestro pensamiento, y se manifiesta en el mundo todo. El mundo es “lógico” en virtud del *logos* —de ese mismo *logos* que hace que nuestros pensamientos sean lógicos; y que es la razón por la cual, cuando nuestras conclusiones son verdaderamente lógicas, coinciden entre sí.

Pues bien, ahora aquellos cristianos de los primeros siglos —pensadores tales como Justino Mártir y Clemente de Alejandría— tomaron todo eso, lo unieron a lo que el Cuarto Evangelio dice en su prólogo, y llegaron a la conclusión de que esa razón eterna que se manifiesta tanto en el orden de las mentes

como en el orden de las cosas, esa razón sin la cual ni la mente ni el mundo son *lógicos*, es el mismo Verbo o Logos de Dios que era desde el principio, por quien todas las cosas fueron hechas, y que ilumina a todo ser humano que viene a este mundo.

Lo que todo esto quiere decir es que dondequiera que haya verdad, dondequiera que haya razón, dondequiera que haya belleza, los creyentes en Jesucristo pueden ver la acción del Verbo que era desde el principio, y que se hizo carne en Jesucristo. O, para usar el vocabulario de la Gran Comisión, que en todo esto se puede ver que, aun aparte y hasta antes de la predicación cristiana, toda potestad en el cielo y en la tierra le ha sido dada a Jesucristo.

Esa doctrina del Logos fue de gran utilidad para los cristianos que en los siglos segundo y tercero daban testimonio el evangelio, e invitaban a otros a creer en él. El evangelio no era cosa nueva, llegada a Palestina unos pocos años atrás, sino que era la realidad que se encontraba al centro mismo de la creación y de toda la historia y todos los conocimientos humanos. Por ello Tertuliano se burlaba de Marción, quien decía que el Padre de Jesucristo no era el mismo Dios creador de todas las cosas, diciéndole: “¿Qué hacía tu Dios antes de estos últimos días, cuando se nos reveló? ¿No pudo producir siquiera un triste pepino?” Con esas palabras, Tertuliano, quien no era amante de la filosofía, ni de los intentos de relacionarla con la fe, sin embargo, proclamaba y defendía la continuidad entre la creación y la redención. El Dios redentor es el Dios creador. Su obra redentora comienza en la creación. Y su obra creadora continúa en la redención. El Dios que se nos ha dado a conocer en estos últimos días en la persona de Jesucristo es el mismo Dios que habló en otros tiempos a los padres por los profetas—y, según añadirían muchos cristianos, a la antigüedad por los mejores entre sus filósofos.

De paso, no cabe duda de que el Cuarto Evangelio, al comenzar como lo hace, tiene el propósito de subrayar esa continuidad entre la creación y la redención. No es por casualidad que empiece exactamente igual que empieza el libro de Génesis: “En el principio”. Y luego, al decir que todas las cosas fueron hechas por el Verbo, por la Palabra, no está sino reafirmando lo que Génesis declara repetidamente: “Dios dijo, ‘sea’ . . . y fue”. La Palabra de Dios es mucho más que la comunicación de Dios a los humanos. La Palabra es el poder mismo de Dios en la creación. Cuando Dios habla, Dios no solo dice, sino que Dios hace. Una vez más: “Dios dijo, ‘sea’ . . . y fue”. Lo que Dios pronuncia salta a la existencia.

En resumen, cuando aquellos antiguos cristianos se presentaban ante el mundo pagano que les rodeaba, no iban a llevarlos a Jesucristo; no iban a llevar el señorío de Jesucristo a esos nuevos lugares. Iban más bien porque, como su Señor les había dicho a los primeros discípulos, toda potestad le había sido dada en los cielos y en la tierra, y ahora la tarea de ellos era doble: primero, dar a conocer su autoridad donde no se le reconocía, y llamar a otros a su servicio y obediencia; y, segundo, ver lo que ese Señor del universo había estado haciendo en esos otros lugares aun antes de la llegada del mensaje cristiano.

Esto es lo que se ve en la Gran Comisión, en la historia de Pedro y Cornelio, en el prólogo del Cuarto Evangelio, y en muchos otros pasajes bíblicos.

Pero no siempre la iglesia ha utilizado correctamente esa doctrina del Verbo. En cuanto a esto, la historia del movimiento misionero nos permite ver al menos dos errores.

El primero, triste es decirlo, es que frecuentemente, cuando no le ha convenido o cuando no le ha parecido necesaria, la iglesia y sus representantes se han olvidado de esta doctrina del Verbo. Así, para volver al ejemplo de nuestra América, cuando los españoles llegaron acá, y les fue posible conquistar a los pueblos que aquí vivían, fueron pocos quienes se acordaron de la doctrina del Verbo. Hubo unos pocos, de los cuales Bartolomé de Las Casas es símbolo y epítome, que sí creyeron ver en aquellos a quienes se llamaba “indios” y en sus culturas y tradiciones destellos de la iluminación divina. Allá en Salamanca, el famoso teólogo y jurista Francisco de Vitoria arguyó que los indios sí eran legítimos señores de sus tierras, y que por tanto no se justificaba quitárselas, como si no fueran personas en quienes Dios había depositado de su justicia y sabiduría. Pero tales personajes fueron los menos. La mayoría—y en general la empresa toda—dio por sentado que acá había poco o nada de bueno y, como ya he dicho, la conquista, colonización y evangelización, todas unidas en una sola empresa, procedieron sin consideración alguna de la vieja doctrina del logos.

Algo parecido aconteció en África, a donde los cristianos europeos fueron a buscar esclavos, y no les convenía que fueran seres plenamente humanos en los cuales existía también la iluminación de la luz que alumbra a todo ser humano que viene a este mundo.

Pero cuando los misioneros llegaron a la India y a China, el cantar fue otro. Los primeros misioneros confundían la conversión con la portugalización, y por eso hasta el día de hoy buen número de los cristianos en la región de Goa tienen nombres portugueses. Pero pronto resultó claro que los portugueses no podrían ni portugalizar ni conquistar países tales como la India y China. Por ello las generaciones posteriores de misioneros católicos, muchos de ellos italianos que iban sin embargo bajo

auspicios portugueses, cambiaron la tonada. Roberto de Nobili en India, y Matteo Ricci en China, adoptaron las costumbres de sus respectivos países. En India, de Nobili se presentó como un brahmín de Occidente, y en China Ricci escribió tratados sobre la amistad y otros temas de interés tradicional entre los sabios chinos. Aquellos indios y chinos sí habían sido iluminados por el logos. Entre ellos sí se podían ver señales de una sabiduría que solamente Dios podía dar.

Luego, la primera advertencia que hay que hacer contra el modo en que la iglesia ha utilizado la doctrina del logos es que se ha acordado de ella al toparse con culturas y civilizaciones—la grecorromana, la india y la china—que no podía conquistar por la fuerza; pero que en otros casos se ha olvidado de ella—como hicieron los misioneros y otros católicos en América y África en el siglo XVI, y lo hicieron también los protestantes en este continente norteamericano a partir del diecisiete.

La segunda advertencia es que, cuando los misioneros se han acordado de la doctrina del logos, frecuentemente han limitado su alcance al plano de lo doctrinal. Así, lo que se han preguntado es si en alguna otra cultura existía la creencia, por ejemplo, en la existencia de un solo Dios, o en la vida después de la muerte. En otras palabras, se ha pensado que la actividad del Verbo, la manifestación del señorío de Jesucristo debería buscarse en los temas religiosos, y particularmente en la expresión de tales temas en las doctrinas y creencias. Pero no se ha pensado que el señorío de Jesucristo, la inspiración del Verbo eterno de Dios, se manifiesta también doquiera hay amor, justicia, ansias de paz. Así, podemos ver el señorío de Jesucristo, esa “toda potestad” que le es dada en el cielo y en la tierra, cuando en una sociedad cualquiera hay un sentido de justicia, cuando en esa sociedad las madres y los padres aman a sus hijos, cuando se busca la paz, y así sucesivamente.

Pero volvamos al texto: “toda potestad ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Puesto que el tiempo apremia, no me detendré mucho en las palabras más conocidas al centro del pasaje, que son también las más discutidas, y sobre las cuales por tanto la atención tiende a centrarse. Bastan un par de observaciones que, si alguien lo desea, podemos discutir más adelante, en el tiempo para preguntas:

En primer lugar, es bueno notar los verbos, lo que se nos indica que debemos hacer: ir, hacer discípulos (o, usando un neologismo bastante común en nuestras iglesias, “discipular”), bautizar y enseñar. El hecho de que ese mundo fuera de la iglesia es un mundo que ya le pertenece al señorío de Jesucristo quiere decir que no le servimos solamente acá, en la iglesia, donde ya estamos, sino también allá, a donde se nos ordena ir. El “discipular” es mucho más que convertir. Es promover todo un proceso de transformación en el cual el discípulo se va volviendo cada vez más semejante a su Maestro. El bautizar no es solo lavar, sino también injertar a la persona bautizada como miembro del cuerpo de Cristo, como pámpano en la vid verdadera. No olvidemos que en aquellos tiempos se practicaba en el judaísmo el bautismo de prosélitos, por el cual los gentiles conversos quedaban injertados como parte del pueblo de Israel. Y, por último, el enseñar nos recuerda lo que he indicado ya: que al llevar el conocimiento de Cristo a un lugar donde ya él es Señor, pero se le desconoce, es también dar a conocer su voluntad, y llamar a las personas a ajustarse a esa voluntad.

Y, en segundo lugar, aquí se habla del bautismo “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. No se trata de tres nombres. Para el pensamiento de aquella época, el “nombre” es la realidad misma de una cosa, y el poder mismo de lo nombrado. Por eso, el tema del “nombre” de Jesús no se refiere sencillamente al sonido “Jesús”—J, E, S, U, S—sino a la realidad y el poder mismo de Jesús. Por eso es importante señalar que el bautismo no es en tres nombres, sino en el único nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. O, dicho en otras palabras, lo que se nos manda no es bautizar en el nombre del Padre, en el nombre del hijo y en el nombre del Espíritu Santo, como si fueran tres nombres, sino en el único nombre del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pero pasemos al fin del pasaje, que es la otra parte frecuentemente olvidada de la Gran Comisión: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Estas palabras nos recuerdan las que aparecen en el otro pasaje que vamos a estudiar en esta mañana: “Y me seréis testigos . . . hasta lo último de la tierra.” Pero, mientras en Hechos tienen un sentido principalmente geográfico—es decir, hasta los lugares más lejanos del mundo—aquí en Mateo tienen un sentido principalmente cronológico—es decir, todos los días, hasta el día mismo en que la historia del mundo llegue a su culminación.

Esto nos recuerda que la Gran Comisión tiene una dimensión escatológica. El mandato de ir, hacer discípulos, bautizar y enseñar se fundamenta en el hecho de que *ya* toda potestad le ha sido dada a Jesús, tanto en el cielo como en la tierra, pero también en la promesa de que el día vendrá cuando ese señorío será efectivo e ineludible tanto en el cielo como en la tierra.

Pero hay que aclarar el carácter mismo de la escatología. Cuando digo que la misión de la iglesia tiene una dimensión escatológica no quiero decir que sea cuestión de miedo, pues la buena escatología—la escatología bíblica—no es cuestión de miedo, sino de esperanza.

Tristemente, no es así que muchas personas entienden la escatología cristiana. Esto se ve en el modo en que muchos interpretan el Apocalipsis. Ese libro de Apocalipsis fue escrito para darles fortaleza y esperanza a unas iglesias fuertemente presionadas por la sociedad y por las autoridades. Para recordarles que su Señor estaba con ellas todos los días, hasta el fin del mundo. Es un himno de gozo y esperanza. Esa es la razón por la cual, después de los Salmos, el libro de la Biblia que más himnos ha inspirado es el Apocalipsis. Pero, particularmente en tiempos recientes, muchos toman ese libro escrito para infundirles esperanza a los creyentes y hacen de él un instrumento para infundirles temor a quienes no creen—o más bien, a quienes sí creen lo que esos predicadores les dicen, pero desconocen el amor, el gozo y la esperanza que son el corazón mismo de las enseñanzas y del evangelio de Jesucristo.

Tampoco es la escatología cuestión de predecir el futuro. No es cuestión de determinar si vamos por la cuarta o por la quinta trompeta, ni tampoco si la bestia es Mohamar Kadafi o las Naciones Unidas. Sobre esto volveremos más tarde, cuando pasemos a considerar la promesa del Espíritu en Hechos.

La escatología es cuestión de esperanza. La escatología es la certeza de que el futuro está en las manos del mismo Señor a quién le ha sido dada toda potestad en la tierra y en el cielo. La escatología es cuestión de saber que el mismo Señor que va delante de nosotros a toda nueva tierra y a todo nuevo

lugar también va delante de nosotros en el tiempo, y que por tanto el futuro—el futuro último de nuestra vida y de toda la creación—no es incierto. El Señor a quién le ha sido dada potestad en el cielo y en la tierra es el mismo Señor a quien también le ha sido dada potestad todos los días, hasta el fin del mundo. El Señor en cuyas manos están los espacios siderales es también el Señor en cuyas manos está nuestro futuro.

En el entretanto, vivimos entre los tiempos. Vivimos entre el tiempo en el cual la potestad universal que *ya* le ha sido dada a nuestro Señor—potestad en el cielo y en la tierra—no es *todavía* manifiesta. Todavía hay que ir. Todavía hay que hacer discípulos. Todavía hay que bautizar. Todavía hay que enseñar. Pero en todo esto el “todavía” es de importancia fundamental, pues el “todavía” implica otra realidad venidera, una esperanza de lo que todavía no es, y es por tanto otra dimensión de la certeza que tenemos del día cuando lo que *ya* es evidente para los creyentes será manifiesto para toda la creación.

En el entretanto vamos, hacemos discípulos, bautizamos y enseñamos. Pero lo hacemos porque sabemos que el Señor de toda potestad en el cielo y en la tierra es también el Señor que está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo.